

SAN LEON MAGNO
Doctor de la Iglesia

S E R M O N E S E S C O G I D O S

Traducción, introducción y notas
por
DON CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA
PROFESOR DEL SEMINARIO DE TOLEDO

Serie
Los Santos Padres
Nº 43

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-533-1990

I.S.B.N.:84-7770-164-4

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

San León Magno nació probablemente en Roma hacia el año 400 y siendo ya diácono de la Iglesia Romana, adquirió en el pontificado de Celestino una considerable reputación. Se encontraba en las Galias, a donde había sido enviado para restablecer la paz entre los generales Aecio y Albino, cuando, en agosto del 440, el clero y el pueblo le eligieron sucesor del Papa Sixto III. Las circunstancias eran muy críticas, tocándole vivir en una época crucial, cuando el mundo antiguo se desquiciaba y los bárbaros irrumpían en el Imperio de Occidente, mientras que las herejías cristológicas soliviantaban el Oriente. San León conserva la serenidad y dotes de mando de un viejo romano y la elegancia aristocrática de un senador. Su misión fue mantener la unidad cristiana bajo el primado del sucesor de Pedro.

Durante su pontificado (440-461) despliega fecunda actividad. En Oriente apoya, contra Eutiques y Dióscoro, al Patriarca Flaviano, anula las decisiones del Concilio de Efeso y hace condenar definitivamente el monofisismo en el Concilio de Calcedonia (451). En Occidente reprime las herejías maniquea y priscilianista e interviene con sus cartas para restaurar o mantener la disciplina eclesiástica. Al marchar Atila sobre Roma le sale al encuentro y, vencido por la majestad y elocuencia del Pontífice, el Azote de Dios se retira hasta el Danubio. Tres años después, en 455, consigue de Gerserico que en el saqueo de la Ciudad Eterna se respeten monumentos y la vida de los ciudadanos. Al morir, en 10 de noviembre del año 461, después de veintiún de pontificado, la Iglesia pierde en él uno de sus mejores Papas y el Estado su más firme sostén.

El escritor no es en él inferior al teólogo y al gobernante. Más que por sus cartas, redactadas no pocas veces por su cancillería, hay que juzgarle por sus sermones, de una elocuencia majestuosa y sencilla y de una armonía robusta y llena, fruto de esa manera de construir la frase que se llama el cursus leoninus y que tan perfectamente cuadra con la serenidad de la Liturgia romana que utiliza las homilías del gran Papa en treinta y uno de sus oficios. De su estilo no hay que decir que es notablemente puro, y después de San Jerónimo, uno de los mejores que nos han legado los escritores latino-cristianos.

Los discursos auténticos, en número de noventa y seis, son todos del pontificado de San León, y precisamente de los primeros años. Los cinco primeros (llamados De natali ipsius) tratan de su elección o conmemoran el aniversario de la misma. Los sermones 6-II (De collectis) exaltan la limosna, y las buenas obras. Todos los restantes, sin excepción, han sido clasificados por los editores conforme al orden litúrgico actual.

Los sermones sobre el ayuno ocupan un importante lugar y tiene cuatro series, correspondientes a los ayunos de las Cuatro Témperas. La primera serie de estos discursos (12-20) dice relación al ayuno de las Cuatro Témperas de diciembre, que en la actualidad forman parte del Adviento. Los otros corresponden a la Cuaresma (39-50), a Pentecostés (78-81) y a septiembre (86-94).

La mayor parte de los otros sermones están dedicados a los misterios de nuestro Señor, con ocasión de las fiestas litúrgicas. Navidad (21-30), Epifanía (31-38), Pasción (52-70), Pascua (71-72), Ascensión (73-74), Pentecostés (75-77). Añádase la homilia sobre la Transfiguración del Señor (serm. 51) y el discurso 96 sobre las dos naturalezas del Salvador, contra Eutiques.

Por último, hay que señalar otros cinco sermones, dos particularmente célebres, consagrados a la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo (82-83) y el 84 sobre la fiesta en acción de gracias por la retirada de Genserico. El 85 canta el martirio de San Lorenzo y el 95 explica las bienaventuranzas.

De estos sermones dice BATIFFOL¹, que no fueron taquigráficamente tomados por los notarii, sino escritos personalmente por el mismo San León, bien antes de pronunciarlos o ya después de haberlos declamado. Tiene sumo cuidado en no repetirse y jamás se conforma con verdades elementales o con lugares comunes. Escritura porque no es exégeta, sino que sus sermones son homilías, destinadas al ciclo litúrgico. La frase de San León obedece a un cursus; la frase jamás acaba sin antítesis o sin asonancia².

De aquí la dificultad del traductor. Imposible verter a otra lengua la forma majestuosa del latín de San León, de su ritmo y eufonía, de su afán por jugar con las palabras y del uso inmoderado de las preposiciones adversativas (auten, emin, vero) o de otras partículas (quidem, utique, ergo, quoniam, etsi, tamen, etcétera), que infaliblemente se hallan al comienzo de cada periodo, las cuales terminan por hacerse intraducibles so pena de la monotonía. Mas las ideas son excepcionalmente grandiosas y bellas y de ahí que los sermones de San León serán siempre piezas inimitables de clásica elocuencia cristiana.

Aunque ya hemos señalado los temas del sermonario leonino conviene recalcar que el gran Papa, hombre muy de su siglo, predicó preferentemente a Cristo, Dios y Hombre (contra el monofisismo), en su vida, en su pasión, en la obra de su redención, presentando estos misterios de una manera sencilla y digna, menos como teólogo especulativo que como verdadero pastor. San León es, antes que nada un moralista, y siempre sus discursos van dirigidos a un fin práctico y tienen una enseñanza final utilizable en la vida cotidiana.

NUESTRA VERSIÓN ha sido hecha sobre el texto de la edición de los Hermanos PEDRO Y JERÓNIMO BALLERINI (Venetis, 1753), que corrige la edición de QUESNEL (1675), que había sido puesta en el índice. La edición de los BALLERINI la reproduce MIGNE, Pl 54-56.

LA SELECCIÓN casi que nos la ha dado hecha el Breviario romano que toma de San León muchísimas lecciones, generalmente para el segundo nocturno de maitines. Hemos preferido seguir este criterio porque así podrán, sobre todo los sacerdotes, tener completos los sermones de los que el Breviario no toma sino algunos párrafos. Al comienzo de aquellos indicamos siempre el oficio a que corresponden, y si hemos añadido algún otro de los que no incluye el Breviario ha sido para dar alguna muestra de cada una de las festividades eclesiásticas que San León tan magistralmente desarrolla en sus homilías.

Toledo, abril de 1945.

SERMON III En el aniversario de su Coronación.(3)

Conviene referir a Dios el honor del Sacerdocio. Melquisedech, Cristo, rector de su Iglesia; San Pedro, modelo de fe y primado del mismo. El aprovechamiento de la grey redundó en alabanza del Pastor. (Oficio del común de Sumos Pontífices y el II de abril, fiesta de San León Magno)³.

Cuantas veces la divina misericordia se digna renovar el día de sus celestiales dones, oh carísimos, hay justa y razonable causa de alegría; siempre que el origen del cargo sacerdotal se convierta en alabanza de su autor. Tal conducta es lógico que sigan todos los sacerdotes, pero yo principalmente la considero necesaria en mi caso, teniendo en cuenta lo poco que valgo y la magnitud del ministerio que se me ha encomendado, viéndome obligado a proclamar aquello del profeta: *Señor, escuché tu voz y temblé, reflexioné sobre tus obras y me aterré.* (Hab., 3, 2). ¿Hay algo más extraordinario y que cause más miedo que el trabajo fuerte el apocado, la grandeza sublime al humilde y la dignidad al que se considera incapaz de sobrellevarla? Mas con todo, no perdemos la esperanza ni desconfiamos, puesto que no lo esperamos de nosotros, sino de aquel que ha obrado esto en nosotros. Y así cantaremos también el salmo de David, amados hermanos, refiriéndolo no al propio envanecimiento, sino a gloria de Cristo, Señor nuestro: *Tú eres Pontífice eternamente, según el orden del Melquisedec* (Ps., 109,5); esto es, *no según el orden de Aarón* (Heb., 7, 11), cuyo sacerdocio, transmitiéndose por la generación carnal, tuvo un destino temporal y cesó con la ley del Antiguo Testamento, sino *según el orden de Melquisedec*, en el cual se plasmó el sacerdocio del Pontífice eterno. Y en que no se haga mención de la ascendencia de

sus padres ⁴, ya de por sí se colige que hace referencia a aquel, cuya generación no puede contarse. Por último cuando este divino y misterioso sacerdocio lo ejercen fundaciones humanas, no se propaga por el sistema de herencia, ni se tiene en cuenta para elegir la carne y la sangre, sino que cesando ya el privilegio de los patriarcas y dando de lado la lista de las tribus, la Iglesia elige para que la gobiernen a aquellos que el Espíritu Santo tiene preparados, para que en el pueblo adoptivo de Dios, que todo él es sacerdotal y real, no alcance la unción ⁵, la prerrogativa de origen terreno, sino que por voluntad de la gracia celestial se hagan los Prelados.

Y así nosotros, amadísimos, aunque para cumplir con las cargas de nuestro ministerio nos encontremos débiles y agobiados, hasta el punto que al intentar hacer cualquier cosa con fervor y acometividad luego la fragilidad de nuestra condición nos entorpece, sin embargo, contando con el auxilio incesante del omnipotente y perpetuo Sacerdote, que aun siendo semejante a nosotros es igual al Padre y rebajando su divinidad hasta juntarla al hombre elevó la humanidad hasta Dios, digna y piadosamente nos gozamos de su especial providencia, porque si es cierto que encargó a muchos pastores el cuidado de sus ovejas, empero jamás olvidó el cuidado de su grey amada. Y de su especial y perpetua protección hemos recibido alivio en nuestro ministerio apostólico, que nunca ha estado desprovisto de su ayuda, y es tal la solidez de los cimientos sobre los que se levanta a los aires la Iglesia, que no se resquebraja por el peso del edificio que tiene encima. La firmeza de aquella fe, que mereció ser alabada en el Príncipe de los Apóstoles, es eterna; y como persiste lo que Pedro creyó de Cristo, así permanece lo que Cristo fundó sobre Pedro. Puesto que, como acaba de narrar la lectura del Evangelio ⁶, al preguntar el Señor a los discípulos opiniones de los demás, contestó San Pedro, diciendo: *Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo, El Señor le dijo: Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás, porque ni la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos. Y cuanto atares sobre la tierra será atado en los cielos y cuanto desatares sobre la tierra será desatado en el cielo.* (Mt., 16, 16).

No puede cambiar tan cierta disposición y San Pedro, firme a aquella solidez de piedra que le fue otorgada, no ha abandonado el

gobierno de la Iglesia que el Señor le encomendó. Fue, pues, constituido sobre los demás con el fin de que por medio de los misteriosos nombres que se le dabán al ser llamado Piedra, fundamento, Portero del reino de los cielos, árbitro de todo lo que debía ser perdonado o retenido, hasta el punto de que habría de acatarse en los cielos el fallo de sus sentencias, conociéramos cuán íntima sería su unión con Cristo. Sigue Pedro cumpliendo ahora más plenamente lo que le fue encomendado y ejerce las diversas obligaciones y deberes de su ministerio en aquel y con aquel por el que fue glorificado. Si, pues, hacemos algo rectamente y con prudencia lo ejecutamos, si alcanzamos algo de la misericordia divina con nuestras cuotidianas oraciones, es en virtud de las obras y méritos de aquel cuyo poder se asiente sobre esta su Sede y cuya autoridad brilla en la misma. Todo esto es fruto, carísimos hermanos, de aquella confesión, que inspirada por Dios Padre en el corazón del Apóstol, supera todas las vacilaciones de las opiniones humanas, y recibe la firmeza de la roca, que no cede a los más fuertes embites. Por toda la Iglesia proclama Pedro, diariamente: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*, y toda lengua que confiese al Señor es adoctrinada por el magisterio de tal voz. Esta fe vence al diablo y rompe las cadenas de los que tenía cautivos. Esta fe envía al cielo a los que ha libertado del mundo, y contra ella no prevalecerán nunca las puertas del infierno. Tal es la fortaleza con que Dios la ha dotado que ni la podrán contaminar las malignas herejías ni jamás conseguirán vencerla las perfidias del paganismo.

Con estos sentimientos, amadísimos, y como oportuno homenaje, se celebra la fiesta de hoy, representando mi humilde persona y recibiendo la honra debida a quien lleva sobre si la solicitud de todos los pastores y la guarda de las ovejas encomendadas a su custodia, y cuya dignidad tampoco sufre merma por recaer en un indigno sucesor. Por lo cual, la tan deseada y para mí honrosa presencia de mis venerables hermanos y consacerdotes será tanto más sagrada y llena de devoción si el deber de piedad que los ha llevado a reunirse en este lugar sabe dirigir su tributo de veneración no sólo al que es Prelado de esta sede romana, sino también Primado y cabeza de todos los Obispos. Cuando dirigimos nuestras exhortaciones a vuestros piadosos oídos, creed que os habla aquel a quien representamos, porque además de amonestaros con el mismo afecto suyo os enseñamos lo mismo que él enseñó: rogándoos que teniendo ceñidos los lomos del alma llevéis una vida pura y sencilla con temor de Dios, sin consentir el alma en las

concupiscencias de la carne, olvidándose de su primacía. Fugaz y caduco es el goce de los placeres terrenos, que intentan apartar del recto camino de la vida a los que han sido llamados a la eternidad. Más el ánimo fiel y religioso apetezca más bien las cosas celestiales, y con el deseo de las divinas promesas láncese al amor de los bienes imperecederos y a la consecución de la verdadera luz. Estad muy seguros, mis amados hermanos de que vuestra trabajo al resistir los vicios y al rechazar los afectos carnales, agrada mucho a Dios y es tenido en aprecio a sus ojos, y estad ciertos que no sólo os aprovechará a vosotros, sino que también espero me reportará beneficio a mí ante la divina misericordia, porque los progresos que hace la grey del Señor redundan en gloria del celoso Pastor. *Vosotros sois mi corona*, dice el Apóstol; *vosotros sois mi gozo* (I. Thes., 2, 19), si vuestra fe que desde los comienzos del Evangelio fue predicada por todo el mundo, perdura en santidad y amor. (Rom., 1, 8). Pues aunque está bien que la Iglesia, desparramada por todo el orbe, florezca en todas las virtudes, es necesario, sin embargo, que vosotros sobresalgáis entre los demás por especiales méritos de piedad, ya que habéis sido cimentados sobre la misma dureza de la roca apostólica y nuestro Señor Jesucristo, os redimió como a los otros y el bienaventurado Apóstol Pedro os adoctrinó particularmente. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Amén.

SERMON VIII

Del ayuno del mes décimo. (19)

El ayuno prepara el camino del Señor. Razón del ayuno en las cuatro témporas. Del culto a Dios y del uso de los bienes temporales. (Dominica I de Adviento).

Instruyendo el Salvador a sus discípulos y a toda la Iglesia en sus Apóstoles, acerca del advenimiento del reino de Dios y del fin del mundo, les dijo: *Guardaos de no sobrecargar vuestro corazón con comilonas, embriagueces y pensamientos profanos* (Luc., 21, 43). Y tal precepto, hemos de reconocer, carísimos, que especialmente se refiere a nosotros, ya que el día anunciado, si bien nos está oculto, con todo, no dudamos de que esté cercano. Conviene que para la llegada de ese día estemos todos preparados, no sea que halle a alguno entregado al cuidado de su carne o a los negocios excesivos del siglo. Pues la experiencia de cada día nos enseña, carísimos, que los excesos del cuerpo ofuscan la claridad de los pensamientos y el hartazgo de manjares entorpece las energías del corazón, tanto que los deleites de la comida son contrarios a la misma salud, si no se moderan por la templanza y no se sustrae al placer lo que podría convertirse en perjudicial. Porque, aunque sin el alma nada apetecería el cuerpo, el cual recibe la sensibilidad de la misma que le comunica el movimiento, con todo es propio del alma privar de algunas cosas a aquel que le está sujeto, y procediendo rectamente, apartarle de las cosas exteriores que le son perjudiciales, para que, libre habitualmente de las pasiones corporales, pueda vacar en lo recóndito de su corazón al estudio de la divina sabiduría, e imponiendo silencio a los afanes terrenos, recrearse en santas meditaciones y con el pensamiento de los bienes celestiales. Y dado que en esta vida es muy difícil

perseverar ininterrumpidamente en este ejercicio, puede, sin embargo, el cristiano dedicarse algunos tiempos, tanto, que más veces y mayores ratos se ocupe en las cosas espirituales que en las carnales, y como solemos dar más tiempo a las más importantes ocupaciones dirijamos también nuestras obras temporales a la consecución de las riquezas imperecederas.

La utilidad de semejante sistema, carísimos, estriba principalmente en la práctica de los ayunos señalados por la Iglesia, que de tal manera han sido distribuidos a través del ciclo anual por la inspiración del Espíritu Santo, que la ley de la abstinencia corresponde a todas las épocas; puesto que el ayuno primaveral lo celebramos en la Cuaresma; el veraniego, en Pentecostés; el otoñal, en el séptimo mes, y el invernal, en este mes, que es precisamente el décimo⁷, y como sabemos que los divinos preceptos no son cosa huera y que todos los elementos sirven a la palabra divina para nuestra enseñanza, por eso las cuatro estaciones del año, como si fueran cuatro Evangelios, nos enseñan incesantemente lo que debemos predicar y lo que tenemos que practicar. Al decir el Profeta: *Los cielos anuncian la gloria de Dios y las obras de sus manos aparecen patentes en el firmamento; cada día tiene su palabra y cada noche su significado* (Ps., 18, 1), ¿qué es lo que la divina verdad no nos habla? Sus palabras se oyen de día y también de noche y la belleza de tantas cosas creadas por la mano de un solo Dios están gritando continuamente a los oídos del corazón la gran conclusión: *que lo que hay de invisible en Dios se puede colegir por lo que ven nuestros sentidos* (Rom., 1, 20), y así es al creador del universo y no a la criatura a quien se debe rendir homenaje. Y como todos los vicios pueden combatirse por la continencia o templanza y cuanto la avaricia ansía y la soberbia pretende y la lujuria apetece se vencen con la firmeza de esta virtud, ¿quién no comprenderá la enorme defensa que nos proporciona el ayuno? Siempre que su práctica no se reduzca a abstenerse de manjares, sino también de todos los deseos carnales. De otro modo es inútil pasar hambre y no prescindir de la voluntad pecaminosa, afligire con la privación del alimento y no apartarse del pecado habitual. Carnal es y no espiritual el ayuno, en el que sólo el cuerpo pasa hambre y, en cambio, persiste en aquello que es peor que todos los deleites. ¿Qué aprovecha al alma mandar por fuera como señora y por dentro ser tratada como esclava? ¿Mandar a las partes de su ser, pero perder el derecho de su propia libertad? Y justamente padece muchas veces

tales cosas la sierva rebelde, que no rinde a su Señor el acatamiento debido. Pues al ayunar el cuerpo y privarse de los manjares, también el alma absténgase de los vicios, y juzgue de sus deseos y preocupaciones terrenales conforme a la ley de su rey.

Recuerde que en primer lugar debe amar a Dios y después al prójimo, y todos sus afectos tiene que ordenarlos según esta regla, no sin apartarse del culto de Dios ni del provecho de su hermano. ¿Qué mejor manera de adorar a Dios que haciendo nos agrade a nosotros lo que a él le agrada y no apartando nunca nuestros afectos de su santa ley? Puesto que si lo que él quiere también lo queremos nosotros, nuestra misma debilidad recibirá fortaleza de quien hemos recibido tal voluntad, *dado que Dios es*, como dice el Apóstol, *el que obra en nosotros el querer y el llevar a cabo esta buena voluntad* (Phil., 2, 13). Así ni la soberbia envanece al hombre, ni la desesperación le quebrantará, si emplea para gloria del Dador los bienes que ha recibido del cielo, y si rechaza aquellos deseos que comprende terminarán siéndole daños. Absteniéndose de la maligna envidia, de la corrupción, de la luxuria, de los trastornos, de la ira y del aguijón de la venganza hallará la purificación en la santidad del ayuno verdadero y se alimentará con el placer de la dicha incorruptible, ya que por el uso espiritual los mismos bienes terrenos se convierten en celestial sustancia, no guardando para sí lo que ha recibido, sino multiplicando más y más lo que repartiere en limosnas. Así, pues, con el amor de padre que os profesamos, exhortamos vuestros buenos sentimientos para que hagáis fructífero el ayuno del mes décimo con vuestras limosnas, alegrándoos de que por nuestro medio el Señor socorre a sus pobres, a los cuales, desde luego, podría también haber dado bienes, pero prefirió, conforme a su gran misericordia, santificarlos a ellos con la paciencia y a vosotros por las obras de caridad. Por tanto, ayunemos las ferias cuarta y sexta⁸, y el sábado celebremos la vela en la basílica del Apóstol San Pedro, quien se dignará conceder eficacia a nuestras oraciones, ayunos y limosnas con la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON I De la Natividad del Señor. (21)

Alegría en el nacimiento del Salvador. (Día de Navidad).

Nuestro Salvador, amadísimos, hoy ha nacido: alegrémonos. Pues no es justo dar lugar a la tristeza cuando nace la vida, que acabando con el temor de la muerte nos llenó de gozo con la eternidad prometida. Nadie se crea excluido de participar en este contento; una misma es la causa de la común alegría, porque nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, como a nadie halló libre de culpa, así vino a librar a todos del pecado. Exulte el Santo, porque se acerca al premio. Alégrese el pecador, porque se le invita al perdón. Anímese el gentil, porque es llamado a la vida. Ya que el Hijo de Dios, al llegar la plenitud de los tiempos dispuestos por los inescrutables designios del divino consejo, tomó la naturaleza humana para reconciliarla con su autor, a fin de que el diablo, inventor de la muerte, fuese vencido por la misma (naturaleza) que él había dominado. En esta lucha, emprendida por nosotros, se peleó según las mejores y maravillosas reglas de la equidad, pues el Señor todopoderoso combatió con el crudelísimo enemigo, no en su majestad, sino en nuestra humildad, oponiéndole la misma forma y la misma naturaleza, la que participa, desde luego, de nuestra mortalidad, aunque libre en todo de pecado. Lejos estuvo de este nacimiento, lo que de todos los demás leemos: *nadie está limpio de mancha, ni el niño que sólo lleva un día de vida sobre la tierra* (Job., 14, 4). Nada contrajo en este singular nacimiento de la concupiscencia carnal, en nada participó de la ley del pecado. Es elegida una Virgen de la real estirpe de David, que debiendo concebir fruto sagrado, antes concibió su divina y humana prole con el pensamiento

que con el cuerpo. Y para que no se asustara por los efectos inusitados del designio divino, supo por las palabras del ángel lo que en ella iba a obrar el Espíritu Santo, y así no reputó en daño de su virginidad el llegar a ser Madre de Dios. ¿Cómo habría de admirarse ante la nueva de tal concepción quien recibe promesa cierta del poder del Altísimo? Además, se confirma la fe de la que cree con la prueba de un anterior milagro, y se aduce la inesperada fecundidad de Isabel, para que no se dude de que quien hizo concebir a la estéril hará otro tanto con la virgen.

Así, pues, el Verbo de Dios, Dios, Hijo de Dios, que en el principio estaba con Dios, por quien han sido hechas todas las cosas y sin él nada se ha hecho, para librar al hombre de la muerte eterna, se hizo hombre, de tal manera bajándose a revestirse de nuestra humildad, aunque sin disminución de su majestad, que permaneciendo como era y tomando lo que no era, unió la verdadera forma de siervo a aquella otra forma por la que es igual a Dios Padre; y con tan estrecha alianza cosió una y otra naturaleza, que ni la inferior la absorbió la glorificación ni a la superior la disminuyó la asunción⁹. Quedando a salvo la propiedad de cada sustancia y aglutinándose en una sola persona, es tomada por la majestad la humildad; por la fortaleza, la debilidad; por la eternidad, la mortalidad, y para pagar la deuda de nuestra condición, una naturaleza inviolable (inatacable, inasequible al daño) es unida a una naturaleza pasible, y un Dios verdadero y hombre verdadero se plasman en un solo Señor (en Jesucristo); para que, conforme convenía a nuestro remedio, uno e idéntico mediador entre Dios y los hombres pudiese morir por un lado y resucitar por otro. Con razón, pues, no ocasionó corrupción alguna a la integridad virginal el parto de salvación, porque fue guarda del pudor el nacimiento de la verdad. Tal nacimiento, carísimos, era el que convenía a la fortaleza de Dios y a la sabiduría de Dios, que es Cristo, por el cual se hiciese semejante a nosotros por la humanidad y nos aventajase por la divinidad. De no haber sido Dios no nos hubiera proporcionado remedio: de no haber sido hombre no nos hubiera dado ejemplo. Por eso es anunciado por los ángeles, que cantan de gozo: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Luc., 2, 14). Puesto que ven a la celestial Jerusalén, que es fabricada con gentes de todo el mundo. De obra tan inefable de la divina misericordia, ¿cuánto no debe gozarse la pequeñez de los hombres, cuando tanto se alegra la sublimidad de los ángeles?

Por tanto, amadísimos hermanos, demos gracias a Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo, el cual, por la excesiva misericordia con que nos amó, se compadeció de nosotros; y *estando muerto por los pecados nos resucitó a la vida de Cristo* (Ef., 2, 18), para que tuviéramos en él una nueva vida y un nuevo ser. Así que dejemos el hombre viejo con sus acciones, y hechos participantes del nacimiento de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, pues participas de la divina naturaleza, y no quieras volver a la antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Ten presente que habiendo sido arrancado del poder de las tinieblas han sido transportado al reino y claror de Dios. Por el sacramento del Bautismo fuiste hecho templo del Espíritu Santo; no auyentes a tan escogido huésped con acciones pecaminosas sometiéndote otra vez a la esclavitud del demonio, porque has costado la sangre de Cristo, quien te juzgará conforme a la verdad, quien te redimió según su misericordia, el que con el Padre y el Espíritu Santo reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON II De la Natividad del Señor. (22)

La economía de Dios para con los hombres, empieza a cumplirse con la Encarnación del Verbo, engendrándose un nuevo orden por este nuevo nacimiento. Razones para nacer Cristo de una Virgen. Errores de los Maniqueos. (Anunciación, 25 de marzo).

Exultemos, dilectísimos, y alegrémonos en el Señor con espiritual contento, porque ha brillado para nosotros el día de la nueva redención tan de antiguo preparado, y de eterna felicidad. Viene a nuestra consideración, al correr de cada año, el misterio de nuestra salud, prometido desde el principio del mundo, al fin realizada, y que indefinidamente habrá de durar. Y en esta ocasión justo es que adoremos tan divino misterio con los corazones levantados al cielo, celebrándolo en la Iglesia con transportes de júbilo. Dios omnipotente y misericordioso, cuya naturaleza es la bondad, cuya voluntad es poderosa, cuyo obrar es haciendo bien, tan pronto como nos ocasionó la muerte la maldad del diablo con el veneno de su envidia, señaló de antemano ya en los comienzos del mundo los remedios que su piedad tenía preparados para restaurar a los mortales, anunciando a la serpiente que el fruto que nacería de una mujer quebrantaría con su poder la soberbia del dañino áspid y prediciendo que vendría Cristo en carne mortal, Dios y hombre a la vez para que al nacer de una virgen condenase con su nacimiento sin mancilla al corruptor de la descendencia humana. Porque se jactaba el diablo de que el hombre, engañado con su astucia, carecía de los divinos regalos; y privado del don de la inmortalidad tenía que soportar la dura sentencia de la muerte, mientras él hallaba cierto consuelo para sus males en que siguiera su suerte el hombre prevaricador, y que además Dios, por razón de la justa severi-

dad, daba a entender como si hubiera cambiado su primera economía para con el que en tal alto honor había criado; de aquí que fuera necesario, amadísimos hermanos, según el acuerdo insondable de Dios, el cual es inmutable y cuya voluntad tiende a la clemencia, que se cumpliera, aunque por medios misteriosos, la principal disposición de su piedad, y el hombre caído en la culpa por los engaños de la diabólica iniquidad, no pereciera contra la determinación de Dios.

Llegado ya el tiempo amadísimos, que fue señalado para la redención de los hombres, entra en este mundo miserable Jesucristo, Hijo de Dios, baja de su silla celeste, sin perder la gloria que de su Padre recibe, siendo engendrado de un modo nuevo y con nuevo nacimiento. De un modo nuevo, porque invisible en su esencia ha resultado visible para nosotros. Siendo incomprensible quiso ser abarcado por nuestra inteligencia, existiendo antes de los tiempos comienza a vivir en el tiempo, Señor del universo se reviste con la apariencia de esclavo, ocultando la dignidad de su majestad. Dios impasible no se desdena en convertirse en hombre sujeto a dolores, y sometido a las leyes de la muerte, a pesar de que era inmortal. Fue asimismo engendrado con nuevo nacimiento, porque fue concebido por una virgen, nació de una virgen sin concurso de varón y sin injuria de la entereza de la madre, porque al nacer el futuro Salvador de los hombres era conveniente que juntase en sí la naturaleza humana y a la vez se viera libre de las torpezas de nuestra carne. Dios es el autor del que nace como Dios de nuestra propia carne, según el testimonio del Arcángel a la bienaventurada Virgen Marfa: *Porque el Espíritu Santo sobre vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por lo mismo lo santo que nazca de ti será llamado Hijo de Dios* (Luc., 1, 35). Diferente en el origen, pero semejante en la naturaleza, está fuera de todo uso y costumbre humana, consiguiendo únicamente el poder divino que una virgen conciba, que dé a luz y que permanezca virgen. no cabe pensar aquí en la condición de la madre, sino en la voluntad del que nace, que nace hombre según quería y podía. Si lo que quieres saber es la verdad de su naturaleza, tendrás que confesar la materia humana, mas si inquieres sobre la razón de su origen, declararás el poder de Dios. Vino nuestro Señor Jesucristo a librarnos de nuestras dolencias, no a cargar con ellas, no a rendirse a los vicios, sino a remediarlos. Vino a curar toda la miseria de nuestra corrupción y todas las llagas de nuestras almas emponzoñadas, y por eso convenía que naciera de manera nueva quien traía la gracia nueva de la santidad

inmaculada a los seres humanos. Convino, en primer lugar que la virtud del hijo velase por la virginidad de la madre y tan grato claustro de pudor y morada de santidad fuera guardado por la gracia del Espíritu Santo, que había determinado levantar lo caído, dar solidez a lo quebrado y conceder fuerzas superiores a la pureza para vencer los halagos de la carne, para que la virginidad, imposible de quedar intacta en unos al engendrar, fuera motivo de imitación en otros, al renacer a una vida superior.

Ya esto mismo, amadísimos, de que Cristo eligiera el nacer de una virgen, ¿no parece fue por altísimas razones? A saber: para que el diablo ignorara que había nacido la salvación al género humano y desconociendo la espiritual concepción, no viendo en él cosa distinta de los demás, no sospechase que hubiese nacido de modo diferente que los otros hombres. Advierte que su naturaleza es igual que la de todos y piensa que también será igual la causa, de su origen, y así no llegó a comprender que estuviera libre de los lazos de la culpa al que veía no ser ajeno a la flaqueza de la mortalidad. Honradez de la misericordia divina, que teniendo a su disposición medios incontables para redimir al género humano, eligió entre todos el procedimiento de destruir la obra del diablo por medio de la justicia si echar mano de los recursos de su poder. Pues la soberbia del antiguo enemigo no sin razón reclamaba derechos absolutos sobre todos los hombres y no los oprimía con tiranía indebida, puesto que ellos mismos, apartándose de los mandamientos divinos, se dejaron subyugar por los engaños del demonio. Así no habría de perder con justicia su tradicional esclavitud el género humano si antes no era vencido el que le tenía domeñado. Para conseguir esto Cristo fue concebido de una virgen sin intervención humana, siendo fecundada no por contacto de varón sino por el Espíritu Santo. Ninguna madre concibe sin la mancha del pecado, que después pasa a su descendencia. Pero donde no hubo intervención paterna en la concepción tampoco se mezcló el pecado en ella. La intacta virginidad no supo de concupiscencia, pero suministró la sustancia. Fue tomada de la madre del Señor la naturaleza, no la culpa. Fue creada la forma de siervo, pero sin condición servil, pues el hombre nuevo de tal manera se unió al viejo, que aun recibiendo su verdadera carne, excluyó empero los defectos de su imperfección¹⁰.

Disponiendo la omnipotencia misericordiosa del Salvador de tal modo los comienzos de su vida humana, que cubrió la virtud de la divinidad inseparable de su humanidad con el velo de nuestra debili-

dad, burló la astucia del maligno enemigo, que juzgó estaría manchado de culpa, como en los demás casos ocurre el nacimiento de aquel niño, engendrado para la salvación del género humano. Le vio dando vagidos y llorando, envuelto en pañales, sometido a la circuncisión y cumpliendo la oblación del sacrificio legal. Conoció después los crecimientos propios de la niñez y hasta la edad viril no dejó su natural desarrollo. Entre tanto el demonio le infligía affrentas, multiplicaba las injurias, echaba mano de las maldiciones, oprobios, blasfemias, burlas, desatando, por último, contra él todo su furor y ensayando toda clase de tentaciones y pruebas. Como sabía muy bien con qué clase de veneno estaba infestada la naturaleza humana, de ningún modo creyóle libre de la primera transgresión a quien con tantos testimonios conoció era mortal. Persistió el malvado pirata y avaro cobrador en perseguir a quien nada suyo tenía y mientras busca el general presagio del pecado de origen, traspasada la prueba escrita en que se apoya, exigiendo la pena del pecado de aquel que jamás tuvo culpa. Queda así rota la perversa escritura del pacto de muerte, y por su injusticia en pedir más de lo debido se declara cancelada toda la deuda. El diablo, como fuerte se resuelve en sus cadenas y toda la trama del maligno recae sobre su cabeza ¹¹. Prisionero ya el príncipe de este mundo, se recogen los despojos de su cautividad. Vuelve a su primer honor de naturaleza ya purificada de viejos contagios, la muerte se destruye con otra muerte y un nacimiento es rehabilitado con otro nacimiento, porque a la vez la redención libró de la servidumbre y la regeneración cambió los primeros comienzos y la fe justifica al pecador.

Quienquiera que seas que te ufanas piadosa y sinceramente del nombre de cristiano, sabe apreciar en lo que significa esta gracia de reconciliación. A ti, algún tiempo tenido como un ser abyecto; a ti, arrojado de las mansiones del paraíso, a ti, que morías desterrado en penoso cautiverio; a ti, destinado a convertirte en polvo y ceniza, y a quien ninguna esperanza de vivir le restaba, por medio de la Encarnación del Verbo se te dio poder de acercarte a tu creador, estando tan de antiguo apartado de él, de reconocerle como padre, de verte libre de tu esclavitud, de pasar de extraño a la categoría de hijo, y que habiendo nacido de carne corruptible renazcas por el Espíritu de Dios y obtengas por la gracia lo que no habías recibido por la naturaleza, como el que reconociéndote Hijo de Dios por el espíritu de adopción, te atrevas a llamar padre a Dios. Libre ya del resto de las culpas

pasadas, debes suspirar por los celestiales reinos, haciendo la voluntad de Dios ayudado del auxilio divino, imitando a los ángeles sobre la tierra, alimentándote con el manjar de la sustancia inmortal, luchando contra las tentaciones, enemigas, bien seguro en tu piedad, y si cumples fielmente los juramentos del ejército celestial, no dudes que serás coronado por tu victoria en los campamentos triunfadores del rey eterno, recibiendo la resurrección preparada a los buenos para llevarte a la compañía del reino celestial.

Confiado, pues, amadísimos en tan grande esperanza, en la fe en que estáis arraigados, en ella permaneced firmes, pero que aquel mismo tentador, cuyo dominio sobre vosotros ha exterminado Cristo, no os arrastre nuevamente con algunas de sus asechanzas, y disipe los goces del presente día con la astucia de sus fraudes, engañando a las almas sencillas con la pestífera doctrina de algunos para quienes parece honorable este día de nuestra solemnidad, no tanto por el nacimiento de Cristo cuanto por el nacimiento del nuevo Sol; como ellos dicen¹²; cuyos corazones, ofuscados por densas tinieblas, están privados del resplandor de la verdadera luz, es más, son arrastrados todavía por los necios errores de la gentilidad, y porque no son capaces de dirigir los faros de su inteligencia por encima de lo que ven los ojos, tributan a las estrellas culto divino, como si ellas gobernarán el mundo. Esté muy lejos de las almas cristianas tan impía superstición, tan estupenda mentira. Hay una distancia inmensa e inconcebible entre las cosas temporales y el que es eterno, entre las cosas corporales y el que es espíritu, entre las cosas sometidas y el que las domina; porque aunque todas estas cosas posean tal belleza que arrastra a la admiración, carecen, empero, de divinidad para adorarlas. Aquel poder, aquella sabiduría, aquella majestad, debemos adorar que creó el mundo de la nada y cuya omnipotente inteligencia dio a la naturaleza celeste y terrestre las formas y medidas que quiso. El Sol, la Luna y los astros aprovechen a los que les alumbran, parezcan hermosos a los que los miran, mas de modo que por ellos se den gracias a su autor y se adore a Dios, que los hizo, no a las criaturas que están a su servicio. Alabad, pues queridísimos a Dios en todas sus obras y pensamientos. Creed sin género alguno de duda en el parto y en la intacta virginidad de María. Honrad con santo y verdadero acatamiento el sagrado y divino misterio de la redención del hombre. Abrazad a Cristo que nace con nuestra propia carne, para que finalmente merezcáis ver al Dios de la gloria reinando en su majestad, que con el Padre y el Espíritu Santo permanece en la unidad de una misma Deidad por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON VI

De la Natividad del Señor. (26)

Misterios de la natividad de Cristo. También la Iglesia celebra su nacimiento. La paz que Cristo nos trae. Deberes del que es hijo de Dios. (Feria VI. de la octava de Navidad)

En todos los días y tiempos, queridísimos, deben acordarse los fieles, acostumbrados a la meditación de cosas divinas, del nacimiento de nuestro Señor y Salvador, fruto de una Madre Virgen, a fin de que el alma, elevándose al reconocimiento de su autor, ya al ocuparse en la oración acompañada de lágrimas o a la alabanza gozosa, ya durante la oblación del sacrificio, en nada piense con más frecuencia ni con más confianza que en el acontecimiento sublime de haber nacido en carne humana un Dios, Hijo de Dios, engendrado de su Padre coeterno. Pero ningún día como el presente nos pone delante este nacimiento, digno de las adoraciones del cielo y de la tierra, pues hasta una nueva luz que resplandece en los mismos elementos infunde en nuestro sentir una nueva claridad acerca de este misterio adorable. No sólo ante nuestra memoria, sino que, en cierto modo, ante nuestros mismos ojos tiene lugar el coloquio del Angel Gabriel con María, llena de estupor, y aquella concepción por obra del Espíritu Santo, en la cual tan admirable fue la promesa que la anunció com la fe en que ésta fue creída. En verdad que hoy el autor del mundo fue concebido en el seno de una virgen, y aquel que creó todas las naturalezas se hizo hijo de la que él creó. Hoy el Verbo de Dios apareció revestido de carne y el que nunca fue visible por ojos humanos empezó a dejarse tocar y palpar por las manos. Hoy los pastores conocieron por medio de las voces de los ángeles al Salvador, engendrado en la propia sustancia de nuestro cuerpo y alma y a los que presiden la grey

del Señor se les enseñó la manera de anunciar la buena nueva, para que también nosotros digamos con el ejército de la milicia celestial: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Luc., 2, 4).

Aunque aquellos años de niño, que la majestad del Hijo de Dios no desdeñó, se fueron convirtiendo a causa del tiempo en la edad de hombre maduro y después del triunfo de su muerte y resurrección pasaron ya todos los trabajos y humillaciones sufridos por amor nuestro la actual festividad del nacimiento de Jesús de la Virgen María renueva en nosotros tan sagradas primicias, y así a la par que adoramos la natividad de nuestro Salvador, hallamos con que también celebramos nuestros principios. La generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano, como el nacimiento de la cabeza lo es a la vez de todo el cuerpo. Cierto que cada uno de los cristianos ha venido a la fe por distintos órdenes y que todos los hijos de la Iglesia están separados por las distintas épocas en que existieron, pero todo el conjunto de los fieles, nacidos en la fuente bautismal, así como han sido crucificados con Cristo, resucitado en su resurrección, colocados a la derecha del Padre en su ascención, del mismo modo han sido engendrados con él en este su nacimiento. Cualquier creyente, sea la que fuera la parte del mundo en que es engendrado para Cristo, roto todo lazo con los viejos atavismos, se convierte en hombre nuevo con su nuevo nacimiento; y ya para nada cuenta la ascendencia de su padre carnal, sino que toma su origen del Salvador, que se hizo hijo del hombre para que nosotros pudiéramos ser hijos de Dios; pues si él no hubiera descendido hasta nosotros con su humildad, ninguno hubiera podido llegar con sus propios méritos hasta él. No ose la terrena sabiduría entenebrecer los corazones de los elegidos ni se alcen contra el poder de la gracia de Dios los miserables pensamientos humanos, porque al momento serían confundidos. Se ha cumplido al fin de los tiempos lo que ya desde toda la eternidad estaba dispuesto y, verdaderamente, acabándose las figuras y señales, se han convertido en realidad las profecías y la ley, viniendo a ser Abraham padre de todas las gentes y dándose en su descendencia la bendición prometida al mundo; ni solamente serán israelitas los que la sangre y la carne engendraren, sino que todos entrarán como hijos adoptivos a gozar de la heredad preparada para los creyentes. No obstaculicen las calumnias de necias disputas, ni el humano raciocinio destruya la obra divina. Nosotros, con Abraham, damos fe a las palabras de Dios, no dudamos ante los

obstáculos y sabemos con certeza que Dios tiene poder para cumplir lo que promete.

Nace, pues, carísimos, el Salvador no por obra de varón, sino del Espíritu Santo, no alcanzándole el castigo de la primera culpa. La grandeza del don que se nos ha dado exige de nosotros una reverencia a tono con su importancia. Ya que, según dice el Apóstol, *no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que procede de Dios, para que sepamos qué clases de dádivas hemos recibido* (I. Cor., 2, 17); el cual no puede ser honrado piadosamente, sino ofreciéndole lo mismo que de su bondad hemos recibido. ¿Y qué cosa podemos hallar en los tesoros de la larguezza del Señor más en consonancia con el homenaje debido a la presente festividad que la paz anunciada por los ángeles por primera vez en el nacimiento del Señor? Ella es la que engendra los hijos de Dios, la que fomenta el amor y produce la unidad. Ella es el reposo de los bienaventurados y la morada de la eternidad, cuyo principal oficio y especial beneficio es unir a Dios a los que ha separado del mundo. Y por lo mismo el Apóstol nos anima a tan gran bien, diciendo: *Justificados, pues, por la fe, mantegamos la paz con Dios* (Rom., 5, 1). En tan breves palabras se contienen en resumen todos los mandamientos, porque donde estuviere la verdadera paz no puede faltar ninguna virtud. ¿Qué es, queridísimos, estar en paz con Dios, sino querer lo que él manda y no querer lo que prohíbe? Y si en las amistades humanas se mantiene un mismo carácter y parecida voluntad o querer, hasta el punto que la divergencia en las costumbres nunca reporta una avenencia sólida, ¿cómo podrá participar de la paz de Dios aquel a quien desagrada lo que a Dios agrada y pretende deleitarse en aquello y con lo que sabe le ofende? No es éste el espíritu de los hijos de Dios, ni la nobleza de hijo adoptivo permite tal proceder. Este linaje real y escogido corresponde a la dignidad de su origen, ame lo que su padre ama y no discrepe en nada del parecer de su autor, no sea que diga de nuevo el Señor: *Engendré hijos y los encumbré, ellos, sin embargo, me despreciaron. El buey reconoce a su dueño; y el asno, el pesebre de su amo, pero Israel no me ha reconocido y mi pueblo no me ha comprendido* (Is., 1, 2).

Grande es, carísimos, el misterio de este don y supera a todas las cosas la gracia de que Dios llame hijo al hombre y el hombre invoque con nombre de padre a Dios. Por medio de tales denominaciones se comprende cómo el afecto puede subir a tan grande sublimidad. Si en

los linajes carnales y en las estirpes terrenas los vicios de una vida depravada empañan la fama aun de los hijos de padres nobles, y precisamente por esto el resplandor de sus mayores confunde a los hijos indignos. ¿cuál será el fin de los que no tienen inconveniente en renegar por su amor al mundo de la generación de Cristo? Si entre los hombres es tenido por digno de loa el que la honradez de los padres resplandezca en sus descendientes, ¡cuánto más glorioso será que en los nacidos de Dios resalte la imagen de su autor, mostrando en su alma al que los ha engendrado, pues dice el Señor: *Brille vuestra luz ante los hombres que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!* (Mt., 3, 16). Sabemos de cierto que, conforme al testimonio del Apóstol San Juan, *el mundo entero está fundado sobre el mal* (Jo., 5, 19), y el diablo, ayudado de sus ángeles malos, trabajan con innumerables tentaciones para que el hombre dispuesto a escalar el cielo se aterrorice con las adversidades o se enerve con la prosperidad; pero es más poderoso el que está en nosotros que el que lucha contra nosotros y no puede ganar ninguna batalla ni dañar con ningún conflicto a los que tienen paz con Dios y dicen siempre de todo corazón al Padre: *Hágase tu voluntad* (Mt., 6, 10). Si nosotros mismos nos acusamos mediante la propia confesión y si además negamos nuestra alma a los deseos de la carne, nos atraemos las enemistades del que es autor del pecado, pero aseguramos una paz inalterable con Dios, sirviendo a su gracia, no estando sometidos a nuestro Rey únicamente por la obediencia, sino también mediante el propio juicio; porque si tenemos unanimidad de pensamientos, si lo que él quiere queremos nosotros, y lo que repreuba reprobamos, él luchará por nosotros todas las batallas; él, que nos dio el querer, nos dará también el poder, y cooperaremos a sus obras y diremos el dicho profético llenos de regocijo de la esperanza: *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida, ¿de quién tendré miedo?* (Ps., 26, 1).

Los que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios (Jo., 1, 13), ofrezcan a Dios su amistad de hijos dóciles, y todos los miembros de la familia adoptiva, acudan al primogénito de la nueva criatura, que vino no a hacer su voluntad, sino la de aquel que le envió, pues la gracia del Padre se ha dignado aceptar como herederos no a los desunidos y desavenidos, sino a los que sienten y aman una misma cosa. Los nuevamente conformados no deben tener más que una sola alma y pensamiento. El

nacimiento del Señor es a la vez día del nacimiento de la paz, como dice el Apóstol: *El es nuestra paz, puesto que hizo de dos cosas una sola* (Eph., 2, 14), porque tanto judíos como gentiles ¹³, *por su medio nos acercarnos al Padre, unidos en un mismo Espíritu* (Eph., 2, 18), quien el día anterior a su pasión, día designado de antemano libremente por él, enseñaba a sus discípulos esta doctrina: *Mi paz os doy, mi paz os dejo* (Jn., 14, 27). Y para que no se oscureciese con el nombre general de paz la paz tan sublime que nos había de dar, dijo: *No os doy yo una paz como la del mundo*. Tiene, dijo, el mundo también sus amistades y hace que muchos se amen con amor perverso. Hay quienes piensan del mismo modo encenagados en los vicios, y la semejanza en sus deseos produce la igualdad en los afectos. Y si acaso se encuentran algunos a quienes les desagradan la maldad, y la deshonestidad y que excluyen las amistades ilícitas del trato de su amor, aun estos mismos, ya sean judíos, ya herejes o paganos, no son de los amigos de Dios, sino de la paz del mundo. Porque la paz de los espirituales y de los católicos que viene de arriba y arriba nos conduce, no quiere que nos mezclemos con los amadores del mundo de ningún modo, sino que resistamos a todas sus dificultades, y libres de perniciosos deleites nos elevemos a los goces verdaderos, según lo dice el Señor: *Donde estuviere, tu tesoro allí estará tu corazón* (Mt., 6, 22); es decir, si están abajo las cosas que amas, descenderás hasta abajo; si están arriba, te elevarás hasta lo alto, a donde a los que sentimos y queremos lo mismo, a los que estamos unidos por la misma fe, la esperanza y la caridad, nos encamine y nos lleve el Espíritu de la paz, porque *los que se guían por el Espíritu de Dios, esos son los hijos de Dios* (Rom., 8, 14), que reina con el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON VII

De la Natividad del Señor. (27)

Peligro en negar alguna de las dos naturalezas de Cristo. Interpretación del *Verbum caro factum est*. Astucia del diablo y supersticiones de algunos cristianos. Recto uso de las criaturas. (Circuncisión del Señor, 1 de enero).

Aquel es el verdadero devoto y piadoso venerador de la festividad de hoy, mis carísimos hermanos, que no siente algo falso sobre la Encarnación del Señor, ni nada indigno de su divinidad, pues es igualmente peligroso si se le niega la verdad de nuestra naturaleza o su igualdad de gloria con el Padre. Por tanto, cuando pretendemos entender el misterio del nacimiento de Cristo, por el cual nació de una madre virgen, apartemos muy lejos la oscuridad de los razonamientos terrenos y de los ojos iluminados por la fe, esté muy lejos el humo de la mundana sabiduría. Es a la autoridad divina a la que creemos y es una doctrina divina a la que seguimos. Pues ya apliquemos nuestro oído espiritual al testimonio de la ley, ya a los vaticinios de los profetas, ya al sonido de la trompeta evangélica, ciertísimo es lo que proclamó Juan, inspirado por el Espíritu Santo: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas* (Jo., 1, 1). Y es igualmente verdadero lo que el mismo evangelista añadió: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre* (Jo., 1, 14). En una y otra naturaleza es el Hijo de Dios, que tomó la nuestra sin dejar la propia; en el hombre, renovando al hombre, y en sí permaneciendo inmutable. La divinidad, que le es común con el Padre, no sufrió mengua alguna en la omnipotencia, ni la naturaleza de siervo menoscabó la naturaleza de Dios, ya

que la sublime y eterna esencia que se abajó para la salvación del linaje humano nos elevó a su gloria, pero sin dejar de ser lo que era. Por consiguiente, cuando el Unigénito de Dios se confiesa menor que el Padre, con el cual, no obstante se dice igual, demuestra que posee en sí verdaderamente ambas naturalezas: la humana, como lo prueba su desemejanza (con el Padre) y la divina, como lo declara su igualdad (con él mismo).

Nada, pues, quitó ni añadió a la majestad de Hijo de Dios el nacimiento corporal, puesto que una sustancia inmutable no puede aumentar ni decrecer. En cuanto a que “el Verbo se hizo carne”, no quiere decir que la naturaleza divina se haya convertido en carne, sino que ésta ha sido tomada por el Verbo formando una sola persona; y con esta palabra se designa a todo el hombre, que nació en las entrañas de una Virgen, fecundada por el Espíritu Santo y sin que ésta perdiera su virginidad, y fue tan inseparable esta unión en el Hijo de Dios, que quien había sido engendrado por el Padre fuera de tiempo el mismo nació después temporalmente del seno de una virgen. De otra forma no hubiéramos podido ser libertados de los lazos de la muerte eterna, si a semejanza nuestra no se hubiera hecho humilde quien era omnipotente de por sí. Naciendo, pues, Nuestro Señor Jesucristo como hombre verdadero, sin dejar de ser nunca Dios verdadero, dio origen en sí a una nueva creación, y con la forma de su nacimiento dio al género humano principio espiritual, para poder abolir los contagios de la generación carnal (por el pecado original) por medio de un nacimiento sin semilla de pecado para los regenerados, de los cuales se dice *que no proceden de la sangre, ni del querer de la carne, ni de voluntad de hombre, sino que nacen de Dios* (Jo., 1, 13). ¿Cómo podrá el entendimiento comprender tal misterio, cómo podrá la lengua referir semejante gracia? Cambia en inocencia la iniquidad y en novedad la vejez. Pasan a recibir la adopción los extraños y entran a tomar parte de la herencia los forasteros. De impíos comienzan a ser justos, de avaros compasivos, de lujuriosos castos, de terrenales se hacen celestiales. ¿A quién deberá atribuirse tal cambio sino a la diestra del Todopoderoso? Puesto que vino el Hijo de Dios a destruir las obras del diablo, y de tal manera se unió a nosotros y a nosotros nos unió a él, que la bajada de Dios hasta el hombre se convirtió en elevación del hombre hasta Dios.

En esta gran misericordia de Dios, dilectísimos, cuya generosidad para con nosotros somos incapaces de explicar, deben estar precavi-

dos los cristianos, no sea que de nuevo los cace el diablo con sus perfidias, y de nuevo vuelvan a enredarse en los errores a los que ya renunciaron. No deja el antiguo enemigo, transfigurándose en ángel de luz, de tender por todas partes lazos de engaños y de trabajar por viciar de cualquier modo la fe de los creyentes. Sabe a quién azuzar con fuegos de pación, a quién proponer placeres de gula, a quien sugerir tentaciones de luxuria, a quién inocular el virus de la envidia. Sabe a quién podrá turbar con tristezas, a quién engañar con alegrías, a quién oprimir con miedo, a quién seducir con cosas portentosas. Conoce perfectamente la manera de ser de todos, averigua sus preocupaciones, escudriña sus afectos y allí busca ocasión de hacer daño donde encuentra alguno preocupado con algo. Tiene a muchos fuertemente sometidos, duchos en sus artes, y de cuyas lenguas y actitudes se sirve para engañar a otros. Por medio de éstos promete remediar las enfermedades, predecir el provenir, aplacar a los demonios, ahuyentar las tinieblas. Añádanse a éstos aquellos que proclaman falsamente que toda la suerte de la vida humana depende de los movimientos de las estrellas y lo que ocurre por la voluntad divina o la nuestra lo atribuyen a efecto irremediable de los hados. Mas estas cosas (para hacer mayor daño), prometen poder cambiarlas, si se hacen súplicas a los astros que no son contrarios. Pero invención tan impía por sí misma se destruye, porque si las predicciones no se cumplen, no hay por qué temer a los hados, y si son inmutables, no hay razón para adorar a los astros.

De semejantes enseñanzas nace aquella impiedad de adorar al sol cuando sale para emprender su carrera, que practican algunos ignorantes desde lugares elevados, lo cual hasta algunos cristianos creen hacerlo como acto tan bueno de religión, que antes de venir a la basílica de San Pedro, que está dedicada al Dios vivo y verdadero, suben las gradas por las que se llega hasta el centro del área superior, y volviéndose hacia la luz del sol naciente, e inclinando las cabezas, se curvan en honor de tan resplandeciente globo ¹⁴. Lo cual mucho nos tememos y dolemos que se haga parte por ignorancia y parte por espíritu pagano, y aunque tal vez algunos pretendan adorar más al Creador de tan bella luz que a la misma luz, que es la criatura. Hay que abstenerse de tales muestras de adoración, pues al encontrarlas en nosotros el que abandona el culto de los dioses, ¿no guardará tal vez consigo la práctica de su antigua creencia como aceptable, al ver que es común a impíos y cristianos?

Lejos, pues, de los fieles tan reprobable y perversa costumbre, por lo cual se mezcla el honor debido a Dios con los mismos ritos con los que se sirve a las criaturas, ya que dice la Escritura: *Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo servirás* (Mt., 4, 10). Y el santo Job, a quien el Señor llama *hombre sin tacha y precavido contra toda maldad* (Job., 1, 8), dice: *¿Acaso no he visto que cuando sale el sol y la luna está a cuarto creciente se alegró mi corazón en su soledad y besé mi mano, lo cual es la más grande iniquidad y una negación o injuria contra el Dios Altísimo?* Pues ¿qué es el sol o qué es la luna, sino elementos de criaturas visibles y de luz corpórea? De los cuales uno de mayor resplandor y el otro de menos luz. Como hay día y noche, así el creador instituyó dos clases de luminares, aun cuando antes de que ellos existieran ya se sucedían los días y las noches sin necesidad de sol ni de luna. Pero fueron creados para utilidad del hombre para que como animal racional no se equivocara en la distinción de los meses, en el curso de los años y en el contar de los tiempos y por distintos intervalos de desiguales épocas y por manifiestas señales de nacimientos diversos señalase el sol los años y renovase la luna los meses. En el día cuarto, según leemos, dijo Dios: *Háganse luminares en el firmamento del cielo y alumbrén la tierra y dividan el tiempo en día y noche y estén en el firmamento del cielo para alumbrar a la tierra* (Gen., 1, 14).

Despierta, oh hombre, y reconoce la dignidad de tu naturaleza y recuerda que fuiste hecho a imagen de Dios, que si se corrompió en Adán, fue reformado en Cristo. Usa, como debe usarse, de las criaturas visibles, como usas de la tierra, mar, cielo, aire, fuentes y luces, y cuánto de bello y admirable en ellos encuentres, conviértelo en gloria y alabanza del Creador. No seas esclavo de aquella luz con la cual se deleitan las aves y serpientes, bestias y animales, moscas y gusanos. Palpa con el sentido corporal la luz corpórea, mas con el afecto del corazón toca aquella verdadera lumbre *que alumbrá a todo hombre que viene a este mundo* (Job., 1, 9), y de la cual dice el Profeta: *Acercaos a él y seréis alumbrados, y vuestros rostros no se llenarán de confusión* (Ps., 33, 6). Si somos templo de Dios y el Espíritu Santo habita en nosotros, mucho más es lo que tiene dentro de su alma cualquier fiel, que lo que admira en el cielo. Pero estas cosas no os las decimos, queridos hermanos, o con ellas queremos persuadiros a que menospreciéis las obras de Dios o penséis hallar algo contrario a la fe en lo que el buen Dios creó, sino para que uséis de toda la belleza de

las criaturas y de todo el ornato del mundo moderada y razonablemente, *pues las cosas que aparecen*, como dice el Apóstol, *son pasajeras; mas las que no se ven, son eternas* (II Cor., 4, 18). Y puesto que hemos nacido para las cosas presentes, pero renacido para las venideras, no nos entreguemos a los bienes temporales sino que apetezcamos los eternos, y para que veamos más de cerca nuestra esperanza, pensemos en el misterio del nacimiento del Señor sobre lo que la gracia divina ha dado a nuestra naturaleza. Oigamos al Apóstol cuando dice: *Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Mas cuando apareciere vuestra verdadera vida, entonces también vosotros apareceréis con él en la gloria* (Col., 3, 3) que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON IX

De la Natividad del Señor. (29)

Humildad necesaria para comprender el misterio de la vida de Cristo. Alegría en el nacimiento del Salvador. La generación eterna y temporal de Cristo. Nuestra adopción a la vida divina (Dominica infraoctava de Navidad).

La grandeza de las obras divinas excede ciertamente, dilectísimos, y sobrepuja a cuanto pueden expresar las palabras humanas, y de ahí nace la imposibilidad de hablar de donde se origina el motivo que nos impide callar. Por lo que dice el profeta de Cristo Jesús, Hijo de Dios, *¿quién podrá contar su generación?* (Is., 53, 8), se refiere a él no sólo en cuanto Dios; sino también en cuanto hombre. Que dos naturalezas se junten en una sola persona si la fe no lo dijera, nuestra razón no lo explica; de ahí nunca falta materia de alabanza, porque nadie puede agotar los motivos de alabar. Alegrémonos, pues, de ser incapaces de celebrar misterio tan grande de misericordia; y al no poder explicar la sublimidad de nuestra redención, tengamos a dicha el ser vencidos por este beneficio. Nadie está más cercano del conocimiento de la verdad, en tratándose de cosas divinas, que quien comprende que a pesar de haber avanzado mucho (en su conocimiento), aun le queda más por investigar. Pues quien crea haber llegado a la meta de su investigación no sólo no ha dado con lo que buscaba, sino que ha fracasado en su inquisición. Mas para no acongojarnos por la limitación de nuestra debilidad, nos ayudan las voces evangélicas y proféticas, que de tal modo nos enfervorizan e instruyen, que podemos celebrar la natividad del Señor, por lo cual el Verbo se hizo carne, no sólo como cosa pasada sino como algo presente y actual. Pues lo que el Angel anunció a los pastores mientras velando guardaban sus reba-

ños, también resuena en nuestros oídos. Y por lo mismo estamos al frente de las ovejas del Señor, porque las palabras anunciasas desde el cielo las conservamos en los oídos del corazón, como si se nos dijera e la fiesta de hoy: *Os anuncio un gran gozo, que será también para todo el pueblo; os ha nacido en el día de hoy el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David* (Luc., 2, 10). Como colofón de semejante nueva únese el regocijo de innumerables ángeles (para que resultase más excelente el testimonio con los cánticos de la milicia celestial), que cantaba esta alabanza en honor de Dios: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Luc., 2, 14). Es gloria de Dios la infancia de Cristo, naciendo de una madre virgen y la redención del género humano redunda con razón en alabanza de su autor, porque ya a la misma Santa María había dicho el ángel Gabriel, enviado por Dios: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por ello lo santo que nazca de ti será llamado Hijo de Dios* (Luc., 1, 35). En la tierra es concedida aquella paz que hace a los hombres de buena voluntad. Con los mismos sentimientos con que nació Cristo de las entrañas de una madre virgen así renace el cristiano del seno de la Santa Iglesia y para él la verdadera paz debe consistir en no separarse de la voluntad de Dios y gozarse únicamente en lo que agrada a Dios.

Al celebrar, carísimos hermanos, el día del nacimiento del Señor, que es el día más señalado entre los de tiempos pasados, aunque haya transcurrido el orden de las acciones corporales (de Cristo) conforme al eterno consejo, y toda la humildad del Redentor ha sido sublimada hasta la gloria de la majestad del Padre, tanto que *al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria del Padre* (Fil., 2, 10), sin embargo, nosotros adoramos continuamente el parto de la salutífera Virgen, y aquella indisoluble unión del Verbo y la carne no menos la reverenciamos postrada en el pesebre que sentada en el trono de la majestad paterna. La divinidad inmutable, aunque dentro de si continuaba encerrando su gloria y su poder, no porque estuviera oculta a la vista humana iba a dejar de estar unida al recién nacido, mas por unos principios tan extraños de hombre verdadero debía reconocérsele al engendrado como Señor e hijo a la vez de David. Este había dicho con espíritu profético: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha*. Con este testimonio, como refiere el evangelio, fue refutada la impiedad de los judíos. Como al preguntar

Jesús a los judíos de quién decía hijo al Cristo, le contestasen de David, al momento, acusando el Señor su ceguera, respondió: *¿Cómo, pues, David le llama en espíritu Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha? Os cerrasteis, oh judíos, el camino de inteligencia, y al no querer ver más que la naturaleza carnal, os privasteis de toda la luz de la verdad. No considerando, conforme a vuestras particulares invenciones, en el hijo de David más que su procedencia corporal, al no poner vuestra esperanza más que en el hombre, rechazáis a Dios. Hijo de Dios; y de esta manera, lo que nosotros tenemos por honra confesar no os puede a vosotros aprovechar.* Pues también nosotros, cuando nos preguntan de quién es hijo Cristo, contestamos con palabras del Apóstol, que *nació de descendencia de David, según la carne* (Rom., 1, 2), y esto mismo lo aprendemos del comienzo de la predicación evangélica al leer: *Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David* (Mt., 1,1). Pero precisamente nos apartamos de vuestra impiedad, porque al mismo que reconocemos como nacido de la familia de David, según que *el Verbo se hizo carne* (Jo., 1, 14), le creemos Dios coeterno de Dios Padre. Por tanto, oh Israel, si conservaras la dignidad de tu nombre y repasaras los anuncios proféticos sin corazón obcecado, Isaías te descubriría la verdad evangélica, y de no estar sordo oirías lo que dice por inspiración divina: *He aquí que una virgen concebirá en su seno y parirá un hijo, y será llamado su nombre Emmanuel, que quiere decir, Dios con nosotros* (Is., 7, 14-17). Mas si no lo veías claro en el significado propio de nombre tan divino, al menos lo habrías aprendido en las mismas palabras de David y no negarías a Jesucristo como hijo de David en contra de lo que testifican el nuevo y viejo Testamento, ya que no le confiesas Señor de David¹⁵.

Por lo cual, muy amado, puesto que por la inefable gracia de Dios la Iglesia de los fieles gentiles ha conseguido lo que la sinagoga de los judíos carnales no mereció, al decir David: *El Señor ha revelado su salvación, entre las gentes ha revelado su justicia* (Ps., 92, 2); y predicando lo mismo Isaías: *El pueblo que estaba sentado en tinieblas ha visto una gran luz, a los que moraban en la región de sombras mortales les ha nacido un resplandor* (Is., 9,2), y también: *Las gentes que no te conocían, te invocarán, y los pueblos que no tenían noticia de ti, irán hacia ti* (Is., 55, 5), regocijémonos en el día de nuestra salvación y elegidos por el Nuevo Testamento para tomar parte con aquél, a quien dice el Padre por el profeta: *Tú eres mi Hijo,*

y hoy te he engendrado. Pídeme y te daré las gentes como herencia y por posesión los confines de la tierra (Ps., 2, 7), gloriémonos en la misericordia del que nos adopta, porque como dice el apóstol: No habéis recibido espíritu de esclavos en temor, sino que habéis recibido espíritu de adopción de hijos, con el cual clamamos, Abba, Padre (Rom., 8, 15). Es por todo digno y conveniente que la voluntad manifestada por el Padre se cumpla por los hijos en adopción, y al decir el Apóstol, Si padecemos juntamente, juntamente seremos glorificados (Rom., 8, 17), sean ahora participantes de las humillaciones de Cristo, los que serán coherederos de la gloria venidera. Honremos en su infancia al Señor, ni tengamos como menoscabo de la divinidad estos comienzos y crecimientos corporales, porque a la naturaleza que no cambia (la naturaleza divina) nada le añade ni le quita nuestra naturaleza, sino que aquél que quiso hacerse como los hombres en la semejanza de la carne, permanece igual al Padre en la unidad de divinidad; con quien el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON I

De la Epifanía del Señor. (31)

Cristo apenas nacido anuncia a todos su nacimiento. En vano Herodes maquina contra Cristo. Los magos declaran con dones su fe. Malicia de Herodes al ordenar la muerte de los inocentes. Virtudes que hemos de imitar en Cristo (Feria IV infraoculta de Epifanía).

Habiendo celebrado poco ha el día en que la Virgen Inmaculada dio al mundo el Salvador del género humano, la festividad de la Epifanía, tan digna de veneración, nos da ocasión de seguir gozando, para que, juntándose los misterios de estas solemnidades santísimas, no se entibie ni el vigor de nuestra alegría ni el fervor de la fe. Convenía a la salvación de todos los hombres, que la infancia del mediador entre Dios y los hombres se manifestase al mundo entero, cuando aún se hallaba encerrada en una pequeña aldea. Aunque había elegido al pueblo de Israel y una familia determinada para de ella tomar la naturaleza humana, no quiso, sin embargo, que las primicias de su nacimiento estuviesen ocultas en las angosturas de la aldea donde había nacido, sino que, como nacido para todos, a todos quiso comunicar la noticia de su nacimiento. Así, una estrella de resplandor desusado se apareció a los tres Magos en la región de Oriente, la cual, distinguiéndose por su hermosura de las otras, fácilmente arrastró tras sí los ojos y almas de los que la miraban, para mostrar que no podía carecer de significación una cosa tan maravillosa. El mismo que dio tal señal iluminó la inteligencia de los que la contemplaban, y animó a su búsqueda y se ofreció finalmente a ser hallado.

Tres hombres se animan a seguir la trayectoria de este astro sobrenatural. Fija la mirada en el astro que les precede y siguiendo la ruta que les indica, son conducidos al conocimiento de la verdad por el

resplendor de la gracia. Ellos pensaron conforme al sentido humano, que debían buscar al Rey recién nacido en una ciudad real. Mas el que había tomado la forma de siervo y no había venido a juzgar sino a ser juzgado, eligió a Belén para su nacimiento y a Jerusalén para su pasión. Al oír Herodes que había nacido el Rey de los judíos, sospechando fuera su sucesor, se estremece, mientras maquinaba la muerte del autor de la vida, promete un falso homenaje. ¡Cuánto más feliz hubiera sido de haber imitado la fe de los Magos, dirigiendo hacia la religión lo que tramaba con engaños! ¡Oh ciega maldad de la necia envidia, que te figuras podrás trastornar con tu locura los planes divinos! El Señor del mundo no quiere los reinos terrenos cuando ofrece los eternos. ¿Por qué te empeñas en trastocar el orden inmutable de las cosas, cometiendo tú el crimen que otros realizarán? La muerte de Cristo no corresponde a tu época. Primero hay que fundar el Evangelio, primero hay que predicar el reino de Dios, primero hay que realizar las curaciones y ejecutar los milagros. ¿Por qué lo que será obra ajena te empeñas, tú en convertirlo en crimen propio? Nada consigues, con tales maquinaciones, nada adelantas. Quien nació por su propia voluntad, morirá cuando le plazca. Cumplan plenamente los Magos su deseo y guiándoles la misma estrella, lleguen hasta el Niño y Señor Jesucristo. Adoran en carne mortal al Verbo de Dios, en la infancia la sabiduría, en la debilidad la fortaleza y en la realidad de hombre al Señor de la Majestad, y para manifestar los secretos de la fe y convicción, lo que creen de corazón lo demuestran con ofrendas. El incienso como a Dios, la mirra como a hombre y el oro se le ofrecen como a rey, para así venerar sabiamente la unidad de la humana y divina naturaleza, pues lo que era peculiar de cada sustancia no era diverso por su poder.

Habiendo vuelto los Magos a su región y habiéndose trasladado Jesús a Egipto por aviso del cielo, vanamente la locura de Herodes se consume en sus maquinaciones. Manda matar a todos los niños de Belén, y al no conocer al Niño a quien debe temer da orden general, conforme a la edad que él sospecha. Mas a los que el rey impío echa del mundo, Cristo los lleva al cielo, a quienes aun no había redimido con su sangre, ya los galardona con la dignidad del martirio. Levantad, pues, dilectísimos, vuestros sanos afectos a la gracia resplandeciente del hombre celestial y, venerando los misterios realizados para la salvación humana, someted vuestros deseos a tan altas realidades. Amad la pureza de la castidad, pues Cristo es flor de la virginidad.

Absteneos de los deseos carnales, que luchan contra el espíritu (I. Petr., 2, 11), conforme acaba de exhortarnos el santo Apóstol con las palabras que acabamos de leer. *Sed niños en la malicia* (I Cor., 14, 20), porque el Señor de la gloria se acomodó a la infancia de los mortales. Tratad de alcanzar la humildad, que el Hijo de Dios se dignó enseñar a sus discípulos. Revestíos de la virtud de la paciencia, con la cual podáis comprar vuestras almas, puesto que quien sirvió de redención a todos, es también fortaleza de todos. *Gustad las cosas de arriba y no las de esta tierra* (Col., 3, 2). Caminad constantemente por la vía de la verdad y de la vida, y no os entorpezcan los bienes terrenos cuando tenéis preparados los celestiales; por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON II De la Epifanía del Señor. (32)

Providencia divina en el nacimiento de Cristo, en el que todo se ordena a la manifestación o epifanía del Señor (Día de la Epifanía).

Regocijáos en el Señor, carísimos, de nuevo os lo digo, regocijaos (Fil., 4, 4), porque en tan breve espacio de tiempo, después de la solemnidad del nacimiento de Cristo, ha brillado la fiesta de su declaración, y al que en aquel día parió una virgen, hoy el mundo le ha conocido. El Verbo hecho carne de tal manera dispuso los principios de su aparición entre nosotros, que naciendo Jesús, al momento se manifestó a los creyentes y se ocultó a sus perseguidores. Por lo mismo, ya desde entonces los cielos publicaron la gloria de Dios, y por toda la tierra se extendió la voz de su verdad, cuando por una parte el ejército de los ángeles se aparecía a los pastores anunciándoles el nacimiento del Salvador, y por otra una estrella precedía a los Magos para que le adorasen. De este modo, desde el levante al ocaso, brilló el nacimiento del verdadero Rey cuando los mismos reinos del Oriente supieron por medio de los Magos la verdad de tales cosas y no quedó oculto al imperio romano. Hasta la crueldad de Herodes, pretendiendo ahogar en su nacimiento al Rey que le infundía sospechas, contribuía, sin darse él cuenta, a esta manifestación, para que, mientras, estaba ocupado en crimen tan atroz y perseguía deshacerse de aquel Niño con la matanza general de los inocentes, la fama más ilustre publicaba el nacimiento del Rey por medio de una estrella, contribuyendo a la pronta y rápida difusión, tanto la prodigiosa e inusitada señal del cielo como la cruel impiedad del perseguidor. Entonces es cuando fue llevado el Salvador a Egipto, con objeto de que aquellos pueblos entregados a los antiguos errores recibieran, mediante oculta gracia, el llamamiento de salvación, y los que aun no habían arrojado de sus inteligencias la idolatría tuviesen al menos la dicha de hospedar entre ellos la Verdad.

Con razón, amados hermanos, este día consagrado con la Epifanía del Señor alcanzó en todo el mundo peculiar dignidad, que en nuestros corazones debe brillar con resplandor adecuado, para que veneremos el orden de los acontecimientos no sólo creyendo, sino también entendiendo. Cuántas gracias debamos dar al Señor por su manifestación a los gentiles, lo prueba la obcecación de los judíos. ¿Se puede concebir mayor ceguera y mayor odio a la luz que el manifestado por los sacerdotes y los escribas de los israelitas? Pues preguntando los Magos y queriendo saber Herodes dónde debía nacer el Cristo conforme al testimonio de las Escrituras, respondieron con palabras de la profecía lo mismo que indicaba la estrella del cielo. La cual hubiera podido, desde luego, prescindiendo de Jerusalén, llevar a los Magos hasta la cuna del Niño, como después lo hizo con su misma indicación, si no entrase en la refutación de la pervicacia de los judíos el que el nacimiento del Salvador no sólo fuese anunciado por la señal de una estrella, sino por la misma indicación de ellos. Así las palabras profética pasaban a enseñar a los gentiles y los corazones de los extranjeros aprendían a Cristo, vaticinado en antiguos oráculos, cuando la infidelidad de los judíos declaraba la verdad por su boca y retenía la mentira en el corazón. No quisieron reconocer con sus ojos al que habían señalado según los libros sagrados, para que, a quien no adoraban humilde en la debilidad de la infancia, después le crucificasen resplandeciente por la sublimidad de sus milagros.

¿Qué ciencia es la vuestra, oh judíos, tan poco práctica, y qué doctrina tan indocta? Preguntados *dónde nacería el Cristo*, con toda verdad y de corrido dijisteis lo que habíais leído: *En Belén de Judá*, así estaba escrito por el Profeta: *Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la más pequeña entre las principales (ciudades) de Judá. Pues de ti saldrá el Caudillo que gobierne mi pueblo de Israel* (Mt., 2, 4). A este Caudillo recién nacido, los ángeles se lo anunciaron a los pastores y los pastores a vosotros. El nacimiento de este Príncipe lo supieron las apartadas naciones de los pueblos del Oriente por el insólito resplandor de un nuevo astro. Y para que no dudasen del lugar del nacimiento de tal Rey, vuestra ciencia aclaró lo que la estrella no reveló. ¿Por qué os cerráis a vosotros mismos la senda que abris a los demás? ¿Por qué a causa de vuestra incredulidad persiste en vosotros la duda que se esclarece con vuestra misma respuesta? Señaláis el lugar del nacimiento con el testimonio de las Escrituras, la circunstancia del tiempo la sabéis por la prueba del cielo y de la tierra y con todo, cuando se

enciende la intención de Herodes para perseguir, entonces se endurece vuestro sentido para no creer. Más feliz es, pues, la ignorancia de los inocentes, a los que el perseguidor mata, que vuestra sabiduría, a la que consultó en medio de su turbación. Vosotros no quisisteis recibir el reino de Aquél del cual pudisteis mostrar la ciudad. Ellos pudieron morir por Aquél al que todavía no eran capaces de confesar. Así, Cristo, para que ningún instante de su vida transcurriese sin milagro, antes de poder hablar ya ejercitaba calladamente la facultad del verbo¹⁶, y como si dijese: *Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de los tales es el reino de los cielos* (Mat., 19, 14), coronaba a los inocentes con nueva gloria, y ya desde sus comienzos consagraba a las primicias de los párvulos, para que todos aprendiesen que ningún hombre es incapaz del sacramento divino cuanto también aquella edad fue apta para la gloria del martirio.

Reconozcamos, pues, oh carísimos en los Magos adoradores de Cristo las primicias de nuestra fe y vocación, y con ánimo exultante celebremos los comienzos de nuestra esperanza. Desde aquel momento empezamos a penetrar en la herencia eterna; desde entonces se nos abrieron los secretos de las Escrituras que nos hablan de Cristo, y la verdad, que no quiso recibir la obcecación de los judíos, desparramó por todas las naciones su luz. Sea honrado por nosotros el día sacratísimo en el que apareció el autor de nuestra salvación, y al que los Magos veneraron como Niño en una cuna, nosotros adorémosle como omnipoente en los cielos. Y como ellos ofrecieron al Señor de sus tesoros místicas especies de dones, así nosotros presentemos ofrendas dignas de Dios, sacadas de nuestros corazones. Aunque El es el dador de todos los bienes, con todo, busca también el fruto de nuestra buena voluntad; puesto que el reino de los cielos no llega para los que duermen, sino para los que se encuentran vigilando y trabajando en los mandatos divinos, tanto que si nosotros mismos no inutilizamos los dones divinos, por medio de aquellas mismas cosas que nos da, mereceremos recibir lo que prometió. Por lo tanto, exhortamos a vuestra caridad, que absteniéndoos de toda obra mala, las cosas que son justas y castas; éas persigáis. Los hijos de la luz deben arrojar las obras de las tinieblas. Así, pues, dejad los odios, aborreced las mentiras, destruid la soberbia con la humildad, amad la liberalidad; es justo que los miembros estén de acuerdo con su cabeza, para que merezcamos ser participantes de la felicidad prometida, por medio de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON IV **De la Epifanía del Señor. (34)**

Providencia divina en la vocación de los Magos, instruidos por la profecía de Balaán, confirmados por la respuesta de los judíos, favorecidos por la gracia divina. Su diligencia es ejemplo para nuestra fe. Errores de los Maniqueos acerca de la Encarnación. (Día VII de la infraoctava de Epifanía).

Constituye un justo y razonable obsequio de nuestra piedad, carísimos hermanos, el que nos alegremos con todo corazón durante los días que nos recuerdan las obras de la divina misericordia, celebrando con la debida pompa lo que ha sido realizado para nuestra salvación. Nos invita a tales manifestaciones piadosas la misma disposición del ciclo litúrgico, el cual después de habermos hecho celebrar el día en que el Hijo de Dios, coeterno del Padre, nació de la Virgen, trae unos días más tarde la festividad de la Epifanía, consagrada por la manifestación del Señor. En esto mismo ha querido la Divina Providencia ofrecer un poderoso argumento a nuestra fe, porque al conmemorar con gran solemnidad las adoraciones tributadas al Salvador en los comienzos de su misma infancia, con tales hechos se demuestra que Cristo, al nacer, tenía realmente naturaleza humana. Esta es la doctrina que hace justos a los impíos y santos a los pecadores, si se cree que en un mismo Señor nuestro Jesucristo existen verdaderamente la divinidad y la humanidad; la divinidad, por la que antes de todos los siglos es igual al Padre en la divina naturaleza, y la humanidad mediante la cual en los últimos tiempos se ha unido al hombre tomando la forma de siervo. Para corroborar esta fe, que ya empezaba a armarse contra todos los errores, fue decretado por un designio de la inmensa bondad divina, que unos pueblos, aposentados en las lejanas regiones del Oriente y ocupados en la tarea de observar los astros, recibie-